

**OBRAS PREMIADAS DEL CONCURSO LITERARIO  
“MUCHO QUE CONTAR 2018”**

**CATEGORÍA 1º y 2º ESO**

**MODALIDAD POESÍA: “Dos grandes amores”  
(1º ESO B) LUCAS MIGUEL CONDE FLORES**

Una noche de luz  
completaba dos corazones,  
pues se habían reencontrado  
dos grandes amores.

Ni una guerra dura y constante  
llena de asaltos y persecuciones  
podían parar el amor  
de dos grandes pasiones.

Pero esa misma noche  
apareció un tercero  
asegurando que la chica  
era su amor verdadero.

El chico se quedó pensando,  
paralizado por las emociones,  
emociones que habían provocado  
dos grandes dolores.

**MODALIDAD NARRATIVA:  
(2º ESO B)**

**“¿A qué sabe la lluvia?”  
MARINA BECARES ROIG**

Metí los pies en el agua, dentro del charco, consiguiendo así empapar más aún las zapatillas de tela. Caía una densa capa de lluvia que dificultaba la visión de la transitada avenida, y que me hacía temblar de frío. Estaba empapada de la cabeza a los pies, la ropa húmeda me caía pesada a lo largo del cuerpo y el cabello era un remolino de rizos húmedos y despeinados. No me importaba.

Con cada gota de agua, todo a mi alrededor se volvía de un verde intenso y el agua desprendía un suave olor a miel. Extendí los brazos a los lados y cerré los ojos, disfrutando de la musicalidad de la lluvia. La lluvia siempre tenía esa melodía clásica, que parecía una orquesta de violines e instrumentos de viento, en medio de tanto esplendor. Por eso adoraba los días de lluvia: me producían esas sensaciones ya tan familiares para mí, pero que resultaban extravagantes e incomprensibles para los demás.

No todo el mundo lo entendía ¿Cómo podían comprender que tuviera la sensación de ver el arcoiris mientras acariciaba la piel de un animal? ¿O que lo viera todo del color de las naranjas en los días soleados? Era lógico. Tiempo atrás yo tampoco entendía sus diferencias ¡Qué triste me parecía que no les olieran a lima y cítricos los besos de sus madres! ¡Qué monocolor y apagada una vida sin que la comida les supiera a música! En cambio, insistentemente me preguntaban cosas como: “¿Por qué cuando coges un lápiz dices que suena a ópera?” o “¿Eso de la *Sinestesia* existe o te lo has inventado tú?”.

*Síndrome de la Sinestesia* es el nombre científico que dan los médicos a las personas que asocian unos sentidos con otros, como si hicieran una mezcla de todos ellos. Mucha gente piensa que eso de oler un color no es posible, y que son cosas que me imagino; pero se equivocan. No les culpo; mis padres tampoco sabían nada, y tardamos unos años en ser conscientes los tres, porque yo creía que estas sensaciones también las sentían los demás.

Abrí los ojos de nuevo y me encontré con mi vecino el señor Valero, que me sonreía mientras se limpiaba las zapatillas en la alfombra de la entrada. Él también había tardado su tiempo en comprender que esta capacidad mía no era ninguna enfermedad; simplemente una manera peculiar de saborear el mundo. A mí, más que nada, me parecía un don, una virtud.

Entonces reparé que a mi lado había un niño de unos doce años, más o menos mi edad, que me observaba sobre la hierba mojada. Tardé un poco en reconocerlo: era el hijo de la nueva pareja que recientemente se había mudado a nuestra calle. Aún no había tenido la oportunidad de darle la bienvenida al vecindario, así que me pareció una buena ocasión.

El hecho de que me hubiese visto bailando bajo la lluvia y oliéndola como si estuviera loca, me frenaba un poco, he de reconocerlo, pero pensé que siempre podía explicarle mi peculiaridad, aunque no era lo primero que me gustaba contar de mí misma. Me di cuenta de que no me miraba con extrañeza.

Mientras recorría los metros que nos separaban, extendió los brazos y cerró los ojos, con la cabeza inclinada hacia las nubes. No a modo de burla, al contrario, lo hizo de manera natural, como si fuera una costumbre. Cuando llegué a su lado, abrió los ojos y me sonrió. Yo le devolví la sonrisa, y él rio, hasta que los dos acabamos lanzando escandalosas carcajadas. Cuando nos detuvimos, me preguntó:

-¿Así que no soy el único a quien la lluvia le sabe a chocolate?

No pude evitar sonreír.

## CATEGORÍA 3º - 4º ESO y FPB

**MODALIDAD POESÍA:  
(4º ESO B)**

**“Jugando con fuego”  
TERESA CARRASCO SAURÍ**

He causado incendios por un descuido  
con menos destrozos y menos ruinas  
que las que tú con tus manos dañinas  
provocaste en un solo latido.

Por supuesto enmendé lo cometido,  
pero ¿quién limpiaría las neblinas  
de mis pobres apenadas retinas  
al ver los pocos restos derruidos?

Pero hay algo que no dije, escucha,  
y es que el fuego, al igual que el agua,  
se doma y aun así su fuerza es mucha.

Y cuando la chispa crezca sin parar,  
créeme porque empezará la lucha  
y entonces serás tú el siguiente en temblar.

**MODALIDAD NARRATIVA:  
(4ºESO B)**

**“Fluye suavemente”  
GUZMÁN MUÑOZ GADEA**

Desde la ventanilla empapada de vapor del taxi, pude vislumbrar con dificultad dos edificios, uno amarillento y el otro color rojo oscuro, en medio de la nada, rodeados de peñascos y con un mísero buzón oxidado entre ambos.

Tras pagarle al taxista, me quedé quieto durante unos instantes, observando la que sería mi próxima parada: la pequeña localidad de Blentoon, al norte de Escocia. Hacía un frío espantoso, pero, por suerte, iba muy bien abrigado. El edificio amarillo, el más cercano a mí, tenía en la planta baja una cafetería, con un rótulo parpadeante en el que podía leerse “Café Marcus”.

No sabía dónde vivía mi madre, así que decidí entrar y preguntarlo.

Dentro del local hacía incluso más frío que fuera. Estaba desierto, con un par de mesas y cinco taburetes delante de la barra. Esperé un poco. De la cocina salió una mujer –para qué andarnos con tapujos– verdaderamente obesa, de piernas cortas y arrugadas y pies pequeños. Con la cara retorcida, los ojos verdes y unos párpados que apenas tenían pestañas, llevaba el cabello cano recogido en un moño.

La señora me miró de reojo y con aires de superioridad. Tras unos segundos sin mediar palabra, finalmente me preguntó:

–¿Qué va a ser?

La verdad es que no me apetecía nada, pero para no hacerle un feo a aquella anciana, pedí un café con leche. La señora volvió a la cocina y al poco rato apareció con mi merienda.

Se quedó apoyada en la barra, mirándome, esperando a que me acabara el café. Aquella situación era un tanto incómoda para mí, y, a medio café, con cierta timidez –bueno, más bien con miedo– le pregunté su nombre.

No obtuve respuesta, así que bebí un poco más. A los dos minutos, la señora respondió:

–Cace. Angela Cace.

Más tiempo en silencio. Terminé el café y, ya mucho más animado, le pregunté:

–¿Conoce a Luana Devorr?

Sin respuesta, de nuevo. Me decidía a marcharme cuando, de pronto, me contestó, bruscamente:

–Luana Devorr está muerta.

Me quedé helado.

–Hace quince años –prosiguió.

–Pero... oiga... tiene que ser una broma... –dije, balbuceando–. He venido porque ella me escribió una carta diciéndome que se había mudado aquí... hace veinte años que no la veo... yo soy su hijo, Charles Devorr...

–Es cierto, Luana llegó a Blentoon hace dieciocho años. Se acomodó en el último piso del edificio rojo, y nos hicimos grandes amigas. Pero, tres años más tarde...

-Siga. Por horrible que sea, por favor, no me deje así.

La anciana permaneció en silencio varios segundos, mientras a mí me latía el corazón fuertemente en aquel momento de desenfadada angustia, y después prosiguió:

-Un día no la encontré, no estaba por ninguna parte. Entonces, llamé a mi hermano Marcus y la buscamos, pero nada. Pasaron varios días, y...

Otros tantos segundos mudos.

-Subí para limpiar la azotea de su edificio... y estaba dentro del depósito de agua, ahogada. Fue un suicidio, supongo.

Estaba a punto de desmayarme.

-Pero... ¿y su cuerpo? ¿Dónde está?

-Luana está enterrada a dos kilómetros de Blentoon. Marcus dijo que la dejáramos aquí, pero a mí no me gusta tener cadáveres cerca.

-¿Hace quince años?

-Hace quince años.

-Pero ¿y mi carta?

-Yo qué sé, tal vez fuera una equivocación.

-No es ninguna equivocación, va dirigida a mí y es de mi madre. Debo descubrir quién ha escrito la carta. ¿Vive alguien más en Blentoon, aparte de usted?

-Mi hermano Marcus.

-¿Nadie más?

-Bueno...

La señora no se decidía a contármelo y, finalmente respondió:

-Nadie más.

Le di las gracias y salí del local, sabiendo que aquella mujer me ocultaba algo.

Caminé escasos pasos, meditando, hasta encontrarme justo frente a la finca color rojo. Miré hacia arriba, y vi la azotea, y el depósito de agua, donde... ya saben. Me maldije a mí mismo. Nunca debí ir a Blentoon. Con lo bien que estaba yo en la ciudad, con mi trabajo de contable... si hubiera estado en casa, no me habría enterado de nada, y sería feliz... Pero no. No. Ahora, mi deseo y único objetivo era encontrar al culpable, al asesino... mi madre no se había suicidado. Imposible.

De repente, asaltó mis pensamientos una mano que me rozó el hombro. Di un salto de espanto y es que, verdaderamente, quien me había tocado daba miedo... Un hombrecillo bizco, de cinco palmos de estatura, vestido con telas marrones viejas y polvorientas. El individuo, que indudablemente recordaba a Peter Lorre con sus ojos de sapo, tenía una oreja cortada, y una pequeña mata de pelo negro en el centro del cuero cabelludo.

Con voz cavernosa, me dirigió unas palabras:

-¿Es usted Charles Devorr? -hablaba muy pausadamente, como si se ahogara con cada palabra-. ¿Devorr, es usted...?

-Sí, sí, yo mismo. ¿Nos conocemos?

-No. Mi hermana me ha hablado de usted...

-¡Ah! Usted debe de ser Marcus, el propietario de la cafetería.

-Así es. He venido por si quiere echar un vistazo a la casa de su madre, ya que desde que pasó aquello, nosotros no hemos tocado nada, está la casa intacta.

-Sí, me interesa. ¿Tiene llaves?

-No, pero la puerta está abierta. Las llaves estaban guardadas en un cajón, y ya le dije que hemos respetado sus pertenencias...

También la puerta del edificio estaba abierta, así que, guiado por Marcus, entré.

Comenzamos a subir unas escaleras de caracol, muy deterioradas, hasta que llegamos al tercer piso, el último, por lo visto. Se notaba que aquella finca estaba deshabitada hacía mucho tiempo. No había ascensor, y todas las puertas estaban rotas o forzadas, llenas de termitas. Pregunté si la casa de mi madre estaba en iguales condiciones.

-No -respuesta seca.

En cada planta había dos puertas, una a cada lado, y en medio la escalera.

Marcus me comentó que encima de la casa de mi madre estaba situado el depósito.

-¿Quién vivía en este edificio? -pregunté.

-Su madre.

-¿Nadie más?

-Supongo que sí, pero nosotros nos instalamos en Blentoon en el año 1919, y aquí ya no vivía nadie.

Les informo a ustedes de que cuando yo fui a Blentoon corría el año 1969.

-Nosotros vivimos aquí desde los siete años, éste es nuestro hogar... Somos huérfanos desde nuestro nacimiento, y Jeljon nos adoptó y nos trajo a vivir aquí.

-¿Quién es Jeljon? -le pregunté, caminando hacia la casa de mi madre.

-Era. Aquel viejo murió hace veintitrés años... ¡aahhhhgg!...

Tras aquel grito de angustia, como si le ahogaran a uno, me detuve y me giré. Marcus había desaparecido. Bajé corriendo las escaleras, abriendo todas las puertas y registrando todas las casas, pero nada. Al llegar a la planta baja, desesperado, observé que había una pequeña puerta de madera, carcomida como las demás. No podía abrirla, así que corrí al primer piso, donde había encontrado un armario rectangular, y lo tiré por las escaleras. Bajé también yo, y, cogiendo el mueble con las pocas fuerzas que me quedaban, tiré la puerta abajo. Entré. Nada, solo telas de araña. Aquello parecía un vulgar cuarto de contadores o algo por el estilo. Salí del edificio, y me dirigí a la cafetería, pensando que su hermana podía saber algo.

Al entrar en el local, vi que no había nadie. Llamé a Angela durante unos desesperados minutos, pero nadie respondió. Penetré en la cocina, un lugar bastante asqueroso, lleno de mugre y con olor a pescado podrido, como si nadie hubiera entrado allí en mucho tiempo. Revisé todos los armarios y todos los cajones, pero tan sólo encontré sartenes y cazos. Había una cortinilla escondida tras un armario en aquella cocina. La aparté y vi que lo que esperaba allí eran unas escaleras inestables y viejas. Comencé a subirlas y llegué a la primera planta de esa finca, la amarilla. No tenía pisos normales, sino directamente una habitación llena de libros, nada más subir las escaleras. Observé durante un rato aquel esplendor de obras literarias, ordenadas por autores y por años. Pero yo no podía permitirme perder el tiempo leyendo (que no es en realidad ninguna pérdida de tiempo, sino una de las cosas más maravillosas que se pueden hacer en esta

vida), así que me decidí a revisar todas las estanterías y a hojear cada libro página por página, ya que cualquier dato podía ser interesante. En uno de los libros, una novela de Robert Louis Stevenson, encontré un papel suelto. Lo abrí. Era una carta:

### *TESTAMENTO*

*Blentoon, 15 de Noviembre de 1945*

*Yo, Richard Jeljon, en plena posesión de mis facultades mentales, actual propietario de la localidad de Blentoon, que cuenta con el negocio de la Cafetería Marcus, nombre puesto en honor a mi hijo adoptivo Marcus Cace, al que dejo en herencia todos mis bienes materiales compartidos un 40% con su hermana, Angela Cace. Así, la distribución de mis propiedades se efectuará entre ambos hermanos de la siguiente forma:*

*-Marcus recibirá:*

- El edificio amarillo de Blentoon, que incluye la cafetería*
- Un 61% de los ahorros familiares*
- El buzón*

*-Angela recibirá:*

- Un 39% de los ahorros familiares*
- El edificio rojo de Blentoon, excepto la vivienda 3° B, que yo me encargaré de vender antes de mi fallecimiento.*

*Firmado:*

*Richard Jeljon*

Ahora estaba claro: a base de diversos documentos que estudié detalladamente en aquella habitación, entendí que Jeljon no había sido justo con Angela, y que le vendió el piso a mi madre cuatro años antes de instalarse ella en éste. Entonces me dormí, agotado como estaba.

Me desperté varias horas después. Al fondo de aquella biblioteca, había una puertecilla de madera que abrí sin dificultad. Escaleras y pasillos eran todo lo que había hasta llegar a la azotea de la finca amarilla. Bajé de nuevo, pensando en lo extraño que era aquel edificio y, con poca información nueva en las manos, desesperado, tiré el buzón al suelo de una patada, de lo viejo que era y lo oxidado que estaba. Se abrió solo, dejándome con los ojos abiertos de par en par, sin poder creer lo que veía. Bajo un montón de cartas mojadas y estropeadas... estaba la cabeza de Marcus, cortada, reducida al estilo jíbaro. No podía aguantar más. Grité. Corrí desasosegadamente y con un nudo en la garganta hacia la finca roja, y subí hasta el piso de mi madre. Ella estaba en el comedor. Angela Cace.

—¡Está loca! ¿Qué ha hecho con su hermano? ¿Qué ha hecho con mi madre? —exclamé, agarrándola del cuello—. ¿Y qué hace aquí ahora? ¡Conteste, bruja!

—Jeljon no me quería, no sentía aprecio por mí, siempre me consideró inferior a Marcus... yo les odiaba. A los dos.



-¿Y mi madre? -la solté estampándola contra la pared, en ese ataque de ira.

-Yo apreciaba a Luana. Pero aquello no fue un suicidio. La maté, porque sabía que usted vendría a buscarla. Yo escribí la carta. Pensaba que cuando usted viniera y “descubriera” lo de su madre, se volvería a la ciudad, sin esperanzas. Así, yo podría matar por fin a mi hermano y que le acusaran a usted del crimen...

-¡Mató a mi madre! ¿Por qué redujo la cabeza de Marcus?

-Estudié brujería durante años, aburrida, sin saber qué hacer... y algo se me quedó...

-¿Y me lo dice tan ancha? ¿Por qué tuvo que pagar mi madre sus locuras? ¡Ella no tenía la culpa de nada! ¡Te voy a matar, demonio!

Y la maté, a base de golpes. Le tiré una silla al cráneo, lo que le hizo fallecer definitivamente. Paré. Observé su cadáver, tirado en aquella vieja mesa de madera, en la casa de mi madre... Cerré la puerta, y tiré las llaves por la ventana. Fueron a parar a la carretera. Me senté en una silla, al lado del cuerpo inerte. No había agua, ni comida. Esperé, y me desmayé del cansancio que me producía la rabia.

Ahora, la sangre de la señora Cace fluye suavemente por el borde de la mesa, mientras yo escribo estas líneas en tinta roja.

## CATEGORÍA BACHILLERATO

**MODALIDAD POESÍA:  
(2ºBB)**

**“Duelo entre parra y espina”  
JORGE IRANZO SÁNCHEZ**

### **Duelo entre parra y espina**

*“Dionisio y Afrodita”*

— Mi hermoso jugo, fuente de la vida,  
no falta en cualquier tabla de manjares.  
El vigor y fuerza traigo en bebida,  
pareja de baile, ansiada de impares.  
Demente que pides amor o herida,  
ahí estaré, enfrente, junto a los bares.  
¡Dime ahora, pequeña flor inmunda,  
qué dice tu raíz poco profunda!

— De las zarzas nací débil,  
y de las zarzas nació  
la rojiza mariposa,  
felona como feroz.  
De tus dementes palabras  
encubiertas de licor,  
se ve tu envidia, vil vid,  
patética cual guiñol.  
Quien busca tu compañía  
sigue la comparación,  
de los pétalos que cubren  
al misterioso Pierrot  
y la luna incolora  
del viejo, fétido grog.

— Aprende a pinchar, querido cardo.  
Te burlas de mi belleza  
cuando parloteas sin certeza  
acerca de mi fortaleza.

— Aprende a amar, pitañosa lechuga.  
Abandona esa altiveza  
y muéstrame tu escondida tristeza.

**MODALIDAD NARRATIVA:  
(2ºBB)**

**“Él era alegría”  
ALBERT PÉREZ PARETS**

Él era alegría.

Él era despertarme con ese ruido del exprimidor de naranjas porque todas las mañanas, aunque se hubiese acostado el último de casa, se levantaba a hacernos zumo a las personas a las que más quería. A su familia.

Él era llegar un poco más tarde al trabajo para llevarme al instituto con su BMW 1200-RT , porque como él decía que era el jefe del laboratorio, por diez minutos, prefería llevarme a mí, y yo le dejaba.

Él era volver a casa a las seis de la tarde después de trabajar durante todo el día y ponerse a tocar el violín conmigo. Después me llevaba a fútbol, o mandaba correos para el trabajo, o hablaba con mi madre. Más tarde se iba a correr o a jugar al tenis, y volvía a casa después de un estresante día más. Después de todo el día fuera de casa, aún cenaba con nosotros y conseguía entablar interesantes conversaciones con nosotros cuatro. Cuando acabábamos de cenar, yo, el pequeño, me levantaba y decía que éramos la familia perfecta, la más feliz, y que les quería mucho a todos. Seguidamente los besaba, me lavaba los dientes y me iba a dormir.

Al día siguiente, o él se levantaba a las cinco y media y se iba a trabajar, o preparaba zumo para que todos pudiésemos empezar otro día más repletos de vitaminas.

Él también era de ser lo mejor en lo suyo. Aparte de ser el mejor padre, él era investigador del Consejo Superior de Investigación Científica (CSIC), trabajaba en el Instituto de Investigación Príncipe Felipe, escribía para las mejores revistas de ciencia; cuando se murió, el periódico *El País* publicó un artículo hablando de él, fui a recoger un premio de manos de la reina Sofía porque él lo había ganado y ya no estaba para recogerlo, la biblioteca del CSIC de València lleva su nombre... ¿Pero qué más da eso ahora? Realmente, él era quien era por su forma de tratar a la gente.

Él era todo eso hasta que uno de esos rutinarios días llegó a casa, y después de haber tocado conmigo el violín, con una pequeña discusión (también casi rutinaria, ya que a mí el violín me gustaba pero me daba mucha pereza estudiarlo), me llevó al fútbol con la moto. Me dejó, se abrió el casco integral gracias a un botón rojo que tenía justo debajo de la barbilla, y me miró. Me dijo que me quería mucho (cosa que también era una rutina, para nuestra suerte) y que me lo pasase muy bien. Me dejó en fútbol y se fue... Y no solo del polideportivo. Se fue.

Me dejó y se fue a casa. Se vistió para ir a entrenar a tenis, y se sentó en la silla del salón para mandar un correo antes de irse. Mi hermano también estaba en el salón,

ya que tenía dudas del examen de química que tendría que hacer dos días después, y aprovechaba para preguntárselas a él. Mientras tanto, mi madre presenciaba la escena, su querido marido demostrando sus conocimientos químicos a su amado hijo, quien poco a poco iba amueblando las ideas que él le explicaba.

En este mismo escenario, y después de unos segundos de silencio, él se disponía a mandar un correo y de repente su corazón de cincuenta y un años decidió que ya no quería jugar más al juego de vivir. Ya no había más impulsos eléctricos en su corazón. Las patológicas e hipertrofiadas paredes de este órgano vital decidieron que ya habían trabajado demasiado, que ya habían bombeado demasiada sangre por todo el cuerpo, y que preferían tomarse ya un descanso. Los músculos de su corazón decidieron coger un tren para irse de vacaciones, pero el tren en cuestión solo tenía una dirección... La eternidad. Tomaron, por tanto, un camino sin retorno y, poco a poco, se fueron introduciendo en un túnel cada vez más negro, hasta que la luz se apagó totalmente. Hasta que sus ojos no pudieron seguir mirando a la mujer de su vida. Hasta que sus oídos dejaron de escuchar los impotentes llantos de su hijo y su esposa. Hasta que sus manos perdieron totalmente el tacto. Hasta que su cerebro borró por completo cualquier información.

Mi madre y mi hermano se quedaron casi tan helados como estaría él dentro de unas horas, ¿Qué estaba pasando en aquel salón, con olor a huerta, iluminado por un sol que se precipitaba para dar paso a la luna, aquel martes, 28 de mayo del 2013, cerca de las siete y media de la tarde? Pronto supusieron que podía ser un ataque al corazón, y lo cogieron y lo tumbaron en el suelo para intentar llevar a cabo una reanimación casi imposible. Mi madre, haciendo caso al mito (medicamento desmentido), trató de que él no se ahogase con su propia lengua, y con tal de evitarlo le metió el dedo índice en la boca. Él, sometido a unas convulsiones totalmente descontroladas, usó sus últimas fuerzas para abrir la boca y no hacerle daño en el dedo a mi madre ( más del que ya le había hecho, debido al descontrol ).

Un rato más tarde llegaron las asistencias médicas y trataron de practicar otro milagro imposible aplicándole adrelinina en modo intravenoso. No funcionó. Era demasiado tarde. Ya había llegado a la última estación con luz del túnel.

Los músculos faciales se quedaron en tensión debido a las convulsiones; de hecho los de la parte derecha de la cara estaban tan tensos que parecía que estuviesen expresando sorpresa (esta imagen me provocó miedo, ya que si cuando tienes doce años es difícil de comprender una muerte, más aún lo es comprender que las convulsiones provocadas por paro cardíaco tienen como consecuencia este tipo de tensiones musculares).

Mientras todo esto ocurría, yo me limitaba a correr detrás del balón de fútbol, con mi barriga de niño cambiando a adolescente rebotando debajo de mis pectorales, también algo aumentados de tamaño por la grasa que acumulaba en este tipo de zonas

en mi cambio de niño a "teenager". Mi única preocupación hasta ese momento era si el balón acababa en el fondo de las mallas después de un golpeo perfecto. Cuando acabamos el entrenamiento y tocaba lanzar penaltis, yo me afrontaba al último problema del día, después solo tendría que llegar a casa, cenar, ver la televisión y acostarme. Tras tres profundos suspiros, cogí el balón y me acerqué al punto que estaba once metros de la portería, dispuesto a superar esta última prueba. Planté el balón, cogí mis rutinarios cuatro pasos de carrerilla, chuté y... ¡Gol! Misión cumplida.

Unos segundos después de anotar este gol, me entraron como unas ganas insaciables de dedicarle el gol a él, y yo no sabía por qué.

Cuando todos mis compañeros habían lanzado sus correspondientes penaltis, nos fuimos al vestuario a ducharnos. Una vez ya cambiado, salí del polideportivo, y como él tardaba en llegar, decidí empezar el camino de vuelta a casa con mis propios pies, para ahorrarle a él unos hipotéticos metros que en realidad le darían igual, ya que venía en moto.

Unos metros más adelante, avisté a mi hermano Enric, llorando. Y mi hermano Enric, nunca llora.

Le pregunté por la salud de todos los componentes familiares, y me respondió que todos estaban bien... Pero cuando encontramos un lugar en el que sentarnos, me lo explicó todo. Bueno, casi todo. Me contó que al protagonista de este relato le había dado un infarto, pero que se curaría. Después de unos diez minutos de silencio, llegamos a casa.

Acercándonos ya a nuestro portal, encontramos una ambulancia. El portal estaba abierto, entramos y llamamos al ascensor. Cuando llegamos arriba, la puerta de mi casa también estaba abierta. A mano izquierda, ya dentro del recibidor de mi casa, había dos médicos del servicio de urgencias. A mano derecha, mis tíos y las amigas de mi madre con sus respectivos maridos. Tal cual escrita, esta escena parece propia de la escena del camerino de los hermanos Marx, pero solo con un pequeño matiz... Los espectadores en lugar de reír, estaban llorando.

Atravesé la entrada después de un equitativo reparto de besos entre los presentes (a excepción de los médicos) y entré al salón: ahí estaba él. Se encontraba descansando sobre la alfombra de mi salón. No me dijo adiós, sino que "simplemente" me dijo que me quería mucho y que después nos veríamos en casa. Solo lo volví a ver yo.

Le besé como pude, pero eso sí, muchas veces. Los dos asistentes de la Cruz Roja estaban a punto de llorar por verme a mí, involucrado en esa situación, y yo lloraba por verle a él en esa situación.

Después de muchos besos, dejé que él emprendiera su camino, pero yo también empecé un camino muy duro en el que hoy en día todavía me encuentro. Este camino probablemente nunca tenga final, porque él ya no está, pero debo seguir andando para dejar mis huellas a lo largo de este camino, el que todo el mundo suele llamar "vida". Y sí, caminando me seguiré encontrando nuevos motivos para entristecer, pero serán estos los que después me darán fuerza para seguir.

Aquel 28 de mayo aprendí que la vida no es algo ilimitado, sino que es una senda que tiene un principio y un final y sí, está llena de obstáculos, pero también de momentos de plena felicidad.

Él, el científico, el motorista, el profesor de violín, el entrenador de fútbol, el galardonado científico, el trabajador del CIPF, el investigador del CSIC, el gran padre de familia... Era mi padre, y:

Él era alegría.